con un altar de campestre sencillez y con la imágen de una serpiente al Genio invisible y benéfico que aquel sitio protegía. Junto á él se veía casi siempre á FORTUNA ó TUTELA.

En la época imperial tomó el culto de los Genios proporciones todavía mayores ya que ademas del Genio público se adoró al Genio del césar reinante. Tuvo esta costumbre orígen en tiempo de Augusto, quien colocó su Genio propio ó su espíritu personificado, dicen los autores latinos, al lado de los Lares en todas las capillas de las calles; juróse por el Genio del príncipe, celebróse su aniversario, dedicósele incienso, y ante su imágen perdieron la existencia millares de cristianos que no quisieron manchar su fé con semejante idolatría.

Los Genios de los dioses recibían igualmente adoraciones, y lo mismo los de los sepulcros, figurados éstos, como todos, por medio de serpientes. Y la última costumbre fué arraigando más y más hasta el punto de que los *Feralia*, festividad del mes de febrero dedicada á los muertos, acabaron por llamarse *Genialia*. Obsérvese por fin que hasta á los dioses mismos se les adoró en el culto particular y privado como á Genios tutelares de determinadas casas y familias.

Gran afinidad y estrecho parentesco existía entre los Genios y los *Lases* ó *Lares*, ó por decir mejor los Lares eran, en cierta manera, los mismos Genios presidiendo á la vida doméstica, social y civil, y la identidad de unos y otros era generalmente reconocida. Custodios, genios tutelares de la casa, de las calles, de los campos, de los barrios de la ciudad, tenían los Lares con los Penates y sobre todo con los Manes muchos puntos de contacto. Su orígen contábalo la leyenda en estos términos.

«Sentía Júpiter impetuoso amor por la bella Juturna, hija de Dauno y hermana de Turnus, rey de los Rétulos, sin que sus ardientes suspiros hubiesen quebrantado el empedernido corazon de la ninfa. Ora, al verse perseguida, ocultábase la náyade en los bosques de avellanos, ora se hundía en las aguas y se refugiaba entre los brazos de sus hermanas. Cierto dia reunió el dios á las ninfas del Lacio, y pronunció estas palabras en medio del corro por ellas formado:—Vuestra compañera al negar su cariño al más poderoso de los dioses, se perjudica á sí misma y conspira contra su ventura. Trabajad por ella y por mí; déme Juturna su amor, y yo le daré cuánto me pida. Así, pues, cuando la veais tomar la fuga y correr á precipitarse en el rio, colocaos en la orilla y oponeos á su paso.—Dijo, y recibió formal promesa de ser obedecido por parte de las ninfas todas del Tíber, moradoras de las riberas en que tú, Ilia divina, fuiste madre. Había entre ellas una llamada Lara, Laranda ó Lalaria á causa de sus habladurías incorregibles; muchas veces el rio Almo, su padre, le había dicho:—¡Hija mia, refrena tu lengua!—mas la imprudente, sin tener en cuenta el aviso, no vió la hora de correr á la húmeda morada de Juturna y de decirle:—Hermana, huye de las riberas de los rios,—explicándole á continuacion las órdenes por Júpiter dictadas. De allí corrió al palacio de Juno, y por lástima hacia la engañada consorte, descubrióle la inclinacion de Júpiter por la hermosa náyade. Súpolo todo Júpiter, y furioso, en castigo de su indiscrecion, dejóla sin lengua y sin palabra. Llamando á Mercurio, le dijo:—Condúcela á la mansion de los Manes, al reino del silencio; ninfa será allí todavía, pero ninfa de la infernal laguna.—El mandato del Padre de los dioses recibió instantáneo cumplimiento; pero al penetrar los dos viajeros en sombría selva, apercibióse el guia de la belleza de su cautiva. Inútil fué que implorase ésta compasion con sus miradas; en vano que hiciera esfuerzos para hablar: á su tiempo fué madre de los dos Lares que velan en las encrucijadas y tienen bajo su amparo nuestras casas.» (OVIDIO).

La ninfa Juturna era venerada en Roma, por lo mismo que rechazó los amores de Júpiter, como favorable á los matrimonios bien concertados, y tambien á los partos felices.

Hubo, al parecer, un tiempo en que el nombre de Lares significó, al igual que el de Manes, los espíritus buenos de la tierra, con la diferencia de que el último expresó más concretamente el carácter benévolo y puro de los mismos, al paso que la palabra Lares llevaba consigo la idea de cierto predominio. Transcurrieron generaciones, y los Lares fueron los espíritus de los antepasados considerados de un modo ideal y sin referencia alguna á la muerte ni al sepulcro; despues, por lo vasto de su esfera de accion, no fué ya posible mirarlos como meros espíritus de los difuntos; algo tendrían de tales y mucho de Genios, y de ahí sin duda la vaguedad y deficiencia de las explicaciones que sobre ello han dejado los antiguos. La creencia popular teníalos por guardadores de las casas, calles y caminos; M. Varron los asimiló, unas veces á los manes italianos, otras á los héroes helénicos, y tiempo despues, cuando se asimilaron y confundieron los Genios de diferentes especies y clases para no admitir entre ellos más distincion que la de espíritus buenos y malos, fué opinion muy general que los hombres de bien se convertían en Lares acaecida su muerte, y que los malos tomaban la forma de larvas.

Como quiera que fuese, ha de tenerse por seguro que el culto de estos espíritus buenos de la tierra estuvo difundido por la Italia entera, como que lo hallamos en el Lacio y entre los Sabinos lo mismo que en la region etrusca, suponiéndose que tendría orígen en los pueblos rurales, quienes adorarían á los Lares como protectores de la tierra, de las plantas, de los caminos y de cuanto constituye la existencia campestre. Honrados tambien en lo interior de las viviendas, el *Lar familiaris* era mirado como el custodio de la familia y hasta como su miembro más activo, tanto que la creencia popular tenía á Servio Tulio por hijo del *Lar familiaris* de la casa de los Tarquinos, y era tradicion en la familia Valeria

haber sido los Lares de la casa los que indicaron al padre desesperado los remedios que habían de devolver la salud á sus hijos enfermos. Ciceron y Tibulo convienen en que los labradores fueron los primeros en tributar adoracion á los Lares, siendo probablemente los *Compitalia* la misma fiesta de los campos trasladada á las ciudades.

Plauto, en sus comedias, nos ha dejado alguna noticia acerca de lo que era en opinion comun el *Lar familiaris*. En el prólogo de una de ellas preséntase en escena el Lar en persona para explicar la accion que va á representarse; á lo que dice, él es el genio protector de la casa; el padre y el abuelo del propietario actual fueron sus íntimos amigos, y el último le confió un tesoro que custodia vigilante cabe el hogar para entregarlo á la hija única de la casa, niña buena y piadosa, que cada dia le tributa ofrendas. En el *Trinummus* el padre de familia, al mudar de domicilio, ruega á su mujer que corone al dios *Lar* á fin de que por él sea igualmente protegida la nueva vivienda.

Junto al *Lar familiaris*, llamado tambien *Lar* sin calificativo, ó *Lar Pater*, había otros muchos pequeños Lares familiares, á quienes, junto con los Penates, honraba la familia, asimilándolos y confundiéndolos las más de las veces. Cuantos recuerdos gratos y queridos eran por ella conservados, los actos todos de alguna importancia en la vida, eran colocados bajo la tutela de estas divinidades; delante de ellas se trataban todos los asuntos de interes, y esto hacía que no tuviese la antigüedad romana expresion más íntima, más especial para significar cuantas ideas van encerradas en la de doméstico hogar, que los nombres de tales dioses Lares y Penates.

Segun antigua costumbre, era el atrio el comedor comun de la familia, y allí, junto al hogar estaba el nicho destinado á las pequeñas estatuas de los Lares, representados por lo comun en forma de niños en distintas actitudes, teniendo á los piés un perro, animal que les estaba consagrado. A veces llevaban el perro en hombros y tenían á su lado una cesta de manjares, significando que á él le tocaba velar para que la familia no careciese de lo necesario.

El cuidado de aquellas imágenes era especial atribucion del ama de gobierno, y así vemos que Caton le prescribía, como obligacion superior á todas, mantener limpio y aseado el doméstico hogar, barrerlo cada noche ántes de acostarse, y en las calendas, idus y nonas del mes rezar una oracion á los Lares, ofrecerles una corona y hacer en honra suya una libacion proporcionada á los haberes de cada uno. El dia de las calendas de todos los meses era el particularmente señalado para las piadosas ofrendas á los Lares, y entre todas aquellas las de mayo, designadas en algunos calendarios con el nombre de Laralia.

«Las calendas de mayo vieron la ereccion de un altar á los Lares Protectores y la consagracion de las pequeñas estatuas de estos dioses. Fué un voto de Curio, pero el tiempo todo lo destruye y tambien á la piedra desfigura una vejez muy dilatada. Protectores se llamaron porque con su mirada lo protegen todo; por nosotros continuos y vigilantes centinelas defienden las paredes, y presentes siempre dan auxilio y socorro á quien lo pide.

»A sus piés veo un perro hecho de idéntica piedra; ¿por qué ese animal junto al dios? Porque uno y otro custodian la casa, porque uno y otro son fieles al amo. Gusta el dios de las encrucijadas, lo mismo que el perro; los Lares, al igual que la jauría de Diana, caen encima de los ladrones; como los Lares velan, velan los perros. En vez de las dos estatuas de esos dioses gemelos, destruidas por el poder de los años, posee hoy Roma mil Lares y ademas el Genio del príncipe que ha restablecido su culto. Cada barrio adora tres divinidades.» (OVIDIO).

Dice Festo que las *Laralia* no eran fiestas oficiales sino que cada familia las celebraba dentro del doméstico recinto; durante ellas aumentábase el número de coronas que ordinariamente adornaban las estatuas de los Lares, de modo que entónces casi desaparecían bajo las flores y ramas. A cada comida recibían su ofrenda en manjares y bebidas, ofrenda que en pequeñas bandejas *(patellæ)* á este uso exclusivamente destinadas, era depositada en el hogar luego de servido el primer plato. Vertíase luego en el fuego el contenido de las *patellæ*, y dada la voz de *¡Dii propitii!* podía seguir la comida. De ahí que los Lares fuesen alguna vez llamados *Dii patellarii*.

Considerados los Lares como los genios buenos de la familia tenían participacion en todas sus fiestas y alegrías: cuando los jóvenes tomaban la toga viril, á ellos era consagrada la bula de oro ó marfil que fuera el adorno de sus años infantiles; si un pariente regresaba de la guerra tocaba á los Lares una parte del botin; á ellos consagraban una cadena los esclavos emancipados. Sus imágenes que en la campiña, al llegar ocasiones solemnes, se fabricaban de cera, eran generalmente en la ciudad de piedra ó metal.

Á los Lares familiares seguían en importancia los de las calles y caminos, los *compitales* ó *viales*, á los que puede darse el nombre de Lares públicos, por haber sido su culto oficial, en contraposicion á los Lares privados. Sobre las casas de las calles puestas bajo la proteccion de cada uno ó las inmediatas al camino en que existía el santuario del dios recaía el cuidado de su culto; por lo regular estaba aquel santuario situado en el mismo *compitum* ó sea en la encrucijada de calles ó veredas, y en tanto era tenido como de pertenencia de los habitantes todos del barrio como que al entrar por primera vez la esposa en la casa marital, había de hacer ofrenda de un *as* no sólo al esposo y á los Lares familiares, sino tambien á los del *compitum* más inmediato. Estos dioses, hijos de Mercurio y Lara, y protectores de toda la vecindad, eran siempre en número de dos [1].

[1] Mommsen atribuye este hecho á la dualidad que en casi todas las instituciones públicas se introdujo al reunirse en la época primitiva el pueblo de la Colina ó Quirinal con el de la ciudad Palatina.

Tenían estos Lares, en la campiña lo mismo que en Roma, sus fiestas á las que se daba el nombre de *compitalia;* pero, como es natural, las de la ciudad, fundadas á lo que se creía por Servio Tulio, alcanzaban mayor importancia. En la encrucijada ó plazuela donde estaba la capilla reuníanse los moradores del barrio llegada que era la fiesta anual de los Lares, que sin tener época fija y siendo de las que se anunciaban cada año, solía caer en los dias inmediatos á las Saturnales. Para ella cada casa del barrio contribuía con una torta; las imágenes de los Lares eran adornadas con cintas y flores; ofrecíaseles un cerdo en sacrificio, y en vez de ayudar á los sacrificadores hombres libres, los auxiliaban esclavos, costumbre vestigio quizas de la familiaridad en que los antiguos vivieron con sus domésticos. Entre los usos en aquellas fiestas observados habíalos que hacían sin duda referencia al culto de los muertos y que traían á la mente los antiguos sacrificios humanos: así en las calles y en las puertas de las casas colgaban los vecinos de noche toda clase de objetos y especialmente unos muñecos de lana, al tiempo que en familia ofrecían á la divinidad cápsulas de adormidera y ristras de ajos representando las cabezas y los cuerpos de los individuos de la familia. Decíase acerca de tal costumbre que Tarquino el Soberbio inmoló criaturas á los Lares y á su madre, práctica feroz á la que fué sustituida aquella ofrenda.

Las fiestas Compitales se contaban entre las más alegres y bulliciosas de Roma; no había barrio que no las celebrase con juegos y diversiones, y en ellas, aún en la época de mayor esplendor, quedó siempre algo para recordar el carácter campestre que por mucho tiempo había tenido la gran capital. Tan populares eran, que durante las turbulencias de la época republicana hubo no pocos ambiciosos que para bienquistarse con la plebe imaginaron pagar aquí y allá las Compitales; formáronse colegios especiales llamados *compitalicia* encargados de dirigir los juegos y sufragar su gasto, y como todos ellos eran dócil instrumento en manos de los turbulentos, sucedió que tales colegios y semejantes juegos llegaron á ser mirados con gran recelo por el Senado y la gente amiga del sosiego. No volvieron á estar en favor hasta que Augusto, disuelto que hubo las reuniones políticas, reorganizó la policía de los barrios y encrucijadas *(vici y compita)* dictó las reglas que habían de regir en la celebracion de aquellas fiestas, y creó para ellas una especie de inspector responsable *(magister vicorum)*, al tiempo que, conforme queda dicho, agregó su propio Genio á los Lares en cada barrio venerados.

El culto urbano de los Lares no era siempre y en todas partes el mismo, sino que ofrecía variaciones y tenía nombres particulares, aislados vestigios quizas de antiguas creencias que quedarían borradas casi del todo con las disposiciones de Augusto. En antiquísimo santuario eran adorados los *Lares Grundules*, y junto á ellos una marrana y treinta lechones, alusion sin duda á la famosa tradicion de las colonias albanas. Había ademas los *Lares præstites*, guardadores de la ciudad, y los *Lares hostili*, protectores del Estado contra los enemigos. Una medalla de la familia Cœsia los representaba como dos jóvenes sentados, blandiendo espadas y con un perro entre ámbos. Los *Lares permarini* tenían un templo en el Campo de Marte en conmemoracion de la victoria naval alcanzada por L. Emilio Regillo en Myonnesos contra las armadas asiáticas de Antíoco en 23 de diciembre del año 190 de la era cristiana. Una fiesta á ellos consagrada anualmente en dicho dia celebraba el gran suceso que dió á los Romanos el absoluto dominio en los mares de Oriente. Existía ademas otro templo situado en la Vía Sacra, en las inmediaciones del Palatino, construido por Augusto y dedicado á los Lares públicos. Finalmente háblase en los monumentos de *Lares alites* ó alados, cuyo nombre habíase dado á una calle de Roma.

Del conjunto de tantos y tan varios elementos formóse en la época imperial un culto á los Lares diferente del antiguo en más de un punto. En primer lugar de cada vez fueron los Lares más y más identificados con los genios de los vivos y de los muertos, y así fué como el genio de Augusto pudo llegar á ser un *Lar publicas* y convertirse los antiguos *Lares compitales* en Lares de Augusto, festejándolos como tales el dia primero de agosto, festividad del príncipe. Á su vez, en los Lares familiares introdújose igual confusion; su culto se hermanó con el de los difuntos ilustres y con el de los dioses protectores de la casa, y coincidiendo con ello notables variaciones en el arte de construir, fueron los Lares expulsados de la antigua sala familiar para ser relegados á los *Lararia*, capillas especiales ó armarios colocados unas veces en el vestíbulo, otras en el dormitorio del propietario.

Al culto de los Lares asocióse el de toda clase de espíritus y genios superiores, en primer término el del emperador reinante, y despues los de amigos, profesores, etc. El excelente emperador Alejandro Severo, llevado por su amor al bien, por las lecciones de su madre la cristiana Mammea, y por cierta pureza y virtud que la verdad del cristianismo comenzaba á infiltrar en la atmósfera social, mandó construir en su palacio, junto á la estancia en que dormía, dos lararios: contenía el uno imágenes de grandes hombres, como Aquiles, Platon, Ciceron, Virgilio á quien el príncipe llamaba el Platon de los poetas, y otros famosos sabios y guerreros; en el otro, que era el más venerado, á donde Alejandro Severo, el sucesor de Augusto, el pontífice máximo de la religion romana, entraba á rezar cada mañana, sólo se veían imágenes de dioses ó de hombres divinizados. Allí, en liga singular que atestiguaba el trastorno y la perturbacion de aquellas almas que si comenzaban á sentir el imperio de la verdad facilitaban todavía ancho campo al error, hallábanse reunidos con los antepasados del príncipe, con su homónimo Alejandro de Macedonia, con los mejores

césares romanos, Apolonio de Tyana, el divino Orfeo, muy grato á los gentiles y tambien admitido por el simbolismo cristiano; junto á Orfeo, Abraham, padre de los Hebreos, y finalmente, en medio de tantos hombres hechos dioses por el antojo humano, el Dios hecho hombre por la misericordia divina, Jesucristo.

Los dioses Lares no alcanzaron jamas en Grecia la importancia que para las familias tuvieron en Roma y en los países latinos. Unicamente con el nombre de Anthéles veneraron los Griegos unos genios ó divinidades cuyas imágenes colocaban en nichos en la parte exterior de la casa, junto á la puerta, y á las que, como en Italia, ofrecían flores é incienso en determinados dias.

Tócanos tratar ahora de aquellas numerosas fuerzas y potestades invocadas en los libros de los pontífices, cuya existencia hemos insinuado hace poco; su lugar propio es sin duda entre los Genios, ya que de ellos sólo se distinguen en presentarse en ciertas circunstancias de la vida únicamente, en vez de estar adheridos como los Genios ordinarios al mismo hombre ó á la misma cosa desde su orígen hasta su extincion.

El culto de lo que puede llamarse potestades prácticas de la vida databa de muy antiguo en Roma y en Italia, de Numa, á lo que se aseguraba, y de las preces pontificias por él formuladas con el nombre de *Indigitamenta*. Por M. Varron, ó mejor, por las citas que de este autor hicieron los Santos Padres, ha llegado hasta nosotros la noticia de tales divinidades, divididas en dos clases: las que presiden á la humana existencia, de la cuna al sepulcro, y aquellas que, más que al hombre interior, miran á sus necesidades exteriores, como son el alimento, el vestido y demas. ¿Halló Varron los nombres de estos dioses reunidos como él los presenta, ó estaban, por el contrario, en los libros pontificios divididos en categorías distintas con preces y ritos especiales? Sea lo que fuere de esto que ha dado lugar á eruditas investigaciones de los arqueólogos, y sin entrar en la oscura materia de averiguar la índole íntima de los *Indigitamenta*, darémos, siguiendo á Varron, única autoridad en este punto, la nomenclatura al por menor de aquellos Genios ó divinidades.

Empezando por las que presidían á la preñez de la mujer, al parto y á los primeros dias del recien nacido, encuéntrase como una série de ellas cuyos nombres forman como centros á cuyo alrededor se agrupan unas como potestades de segundo órden, de denominaciones aplicables á las diferentes circunstancias que acompañan los albores de la existencia. A su cabeza está Jano Consivio, principio de toda vida; sigue Saturno, dios de las simientes, invocado como á tal en el matrimonio, y vienen luego Liber y Libera, dios el uno de la fuerza viril de fecundacion, y diosa la otra de la concepcion femenina. Fecundan estas divinidades el lazo conyugal, y en seguida son invocadas como guardadoras del feto en las entrañas maternas otras, subordinadas en su mayoría á Juno, como Fluonia, sobrenombre de aquella diosa, más que divinidad distinta; Alemona, que sustentaba el engendro; Nona y Décima, diosas de los dos últimos meses del embarazo, y Partula, cuyo auxilio se imploraba en el acto del alumbramiento. A ellas iba unida la indispensable invocacion á la diosa que aquel acto presidía, á Juno Lucina, y ademas á las divinidades masculinas Vitumnus y Sentinus, que comunicaban al que iba á nacer la facultad de vivir y sentir, concluyendo con preces á Júpiter como Diespiter, esto es, como dios de la luz y del dia.

Eran divinidades del alumbramiento: Candelifera, á causa de encenderse un cirio en la estancia; las dos Carmentas, á quienes se recitaban y cantaban fórmulas mágicas, siendo sus nombres Prorsa y Postverta, é invocadas una ú otra segun viniese el parto derecho ó revesado; y junto con éstas la ninfa Egeria, Numeria, diosa del nacimiento rápido y fácil; una antigua divinidad llamada Natio, la cual tenía un templo en las inmediaciones de Ardea, y finalmente los Dii Nixi, de orígen griego, con cuyo nombre eran conocidas tres imágenes que puestas de hinojos existían en el Capitolio, en la nave consagrada á Minerva, traidas de Siria ó de Corinto, pues sobre ello no estaban conformes las tradiciones.

Otra série de divinidades había encargadas de amparar al recien nacido y prodigarle solícitos cuidados. Ocupaba en ella el lugar primero Opis ú Ops, la tierra, madre comun, en honra de la cual era puesta la criatura en el suelo luego de nacida; seguían Deus Vagitanus, quien le abría la boca para que prorumpiese en el primer vagido; Dea Levana, la cual lo alzaba del suelo por medio del padre (al tomarla éste en sus brazos la reconocía por suya); las diosas Cunina y Rumina, protectoras de la cuna aquélla, del seno nutritivo de la madre ésta, y finalmente, la diosa Nundina ó del noveno dia, muy venerada é importante, en cuanto llegado que era aquel *(dies lustricus)*, recibía el niño nombre, la bula y varios talismanes contra los sortilegios. Tambien entónces se formaba el pronóstico de su vida, invocando á las potestades todas del Hado, y habíase escogido aquel dia por ser el mismo en que la parida dejaba el lecho y recobraba su puesto en el hogar de la familia.

Pasando del nacimiento á la infancia hallamos otras divinidades que velaban por el niño en sus primeros años, despertaban en él las facultades de la inteligencia, y le acompañaban á la escuela hasta el momento en que Juventas y la Fortuna barbada se apoderaban de él para comenzar un nuevo periodo de su existencia. Á esta série corresponden Potina y Educa, las que, despues del destete, acostumbraban al niño á comer y beber; Cuba que le trasladaba de la cuna al lecho; Ossipago, que robustecía sus huesos y su cuerpo todo, divinidades todas ellas femeninas, al paso que pertenecían al género masculino las que presidían al desenvolvimiento de su inteligencia y de sus facultades en general. Divus Statanus le adiestraba en asentar el pié; Farinus, Fabulinus y Locutius le enseñaban á hablar, haciéndole pasar de los sonidos inarticulados *(fari)* á las palabras distintas y ordenadas *(fabulari)*, y de éstas al lenguaje perfecto *(loqui)*. Llegado á este punto empezaba el niño á salir fuera de casa, á frecuentar la escuela y á instruirse: en sus primeras excursiones guiábanle dos divinidades, Iterduca cuando salía, Domiduca á su regreso; si su entendimiento era cultivado, dirigíalo Mens; si su voluntad crecía y se afirmaba, Volumnus y Voleta le servían de apoyo. Paventia ó Paventina era la diosa de sus primeros terrores, Vesulia la de sus ilusiones infantiles, Volupia, Lubentina y Lubia las de sus esparcimientos y primeros goces, como lo era de sus crecientes fuerzas Præstana, Valentia y Pollentia. A ellas se agregaban Agonius ó Peragenor, Agenoria y Stimula para despertar los instintos fogosos de los primeros años, y Murcia para templarlos con suaves sentimientos. Strenua

era la que cuidaba de la salud del niño; Numeria y Camena las que le enseñaban á calcular y á cantar. Divus Catius hacía á los niños prudentes y avisados; Consus les inspiraba reflexion y madurez; Sentia les acostumbraba á meditar, y cerraban la série la Juventud y la Fortuna barbada, á las que adoraba el niño llegado ya á hombre, miéntras que las niñas en igual periodo de su existencia rendían sus homenajes á Vénus, á Diana y á la Fortuna virginal.

Las divinidades del matrimonio y del tálamo conyugal constituyen otro grupo, junto al cual invocaban los novios á ciertas vírgenes ó ninfas, *Camelæ*, de remoto y desconocido orígen. Aquellos dioses, cuyos nombres han llegado hasta nosotros en gran confusion, pueden clasificarse segun los diferentes actos del matrimonio romano: en primer lugar estaban Dea Juga y Deus Jugatinus, pues aunque aquella no era en rigor sino un atributo de

Fig. 386. — Matrimonio romano

Juno que tambien en esta série era la divinidad dominante, una y otro pueden considerarse como dioses del matrimonio en general ó del *conjugium*. Invocábase luego á Dea Afferenda, así llamada por la dote aportada y por los regalos que á la novia se ofrecían, y despues á Domiducus y Domiduca ó Iterduca, las que presidían al solemne acto de acompañar á la esposa velada con el *flammeum (nupta)* á la casa del esposo. Caminando entre dos mancebos y precedida de una jóven llevando una copa llena, una torta de harina y una rueca la recien casada se dirige á entregar tres ases á los lares de la morada que va á ser la suya y á los de la esquina ó encrucijada inmediata; sus amigos y los del esposo la siguen entonando libres cantares que del nombre de la ciudad etrusca donde tuvieron orígen, se llamaban *fescinnini*. El reparto de nueces prescrito por tradicional costumbre, estaba confiado á un personaje alegórico por nombre Concubinus, personificacion de la vida de soltero que desde aquel dia dejaba de ser la del marido. Llegado que era el cortejo á la puerta vistosamente engalanada de la casa marital, la esposa frotaba con aceite ó grasa las jambas de la misma, y de ahí el nombre de *Unxia* dado á Juno. Los dioses Forculus, Limenlinus y Cardea tenían bajo su amparo la puerta y el umbral; la esposa había de evitar con gran cuidado el tropezar en él, y así era que, por temor de lo que habría sido funesto presagio, la levantaban en brazos para atravesarlo. «La esposa, dice un autor moderno, no entraba espontáneamente en la casa, ántes bien se colocaba entre las mujeres de su familia antigua como para pedirles proteccion. Fingían

éstas, en efecto, querer defenderla, pero los amigos del esposo, despues de simular una corta lucha, la levantaban en brazos y la hacían pasar la puerta cuidando de que sus piés no tocasen el umbral. De haber entrado en la casa por sus propios piés habríase encontrado en ella con título igual al de una extraña á quien se hubiese franqueado la puerta, siendo así que le correspondía estar allí como el hijo nacido á la vista de los domésticos lares sin haber venido de fuera.» (René Ménard). Llegada al vestíbulo á donde salía el esposo á recibirla con el agua y el fuego del hogar doméstico, verificábanse las ceremonias que en otro lugar hemos descrito, hasta conducirla al tálamo nupcial en medio de una série de invocaciones á Juno Virginensis, á un genio especial llamado Mutunus Tutunus, y á otras deidades de nombres obscenos. Y estas no sólo existían en las fórmulas para el caso requeridas, sino que su culto era muy popular y frecuentado; Mutunus Tutunus tenía en Roma un santuario al que las mujeres se llegaban veladas á presentar sus ofrendas.

Por lo que toca á otras circunstancias de la vida contienen muy escasas noticias las obras de los Santos Padres, y la única série que hasta cierto punto puede reconstituirse es la de las divinidades que presidían á la muerte y la sepultura. Fuera de ellas únicamente vése citada una diosa ó genio por nombre Viriplaca, venerada en un santuario del monte Palatino, ante la que los matrimonios desunidos se presentaban á exponer sus diferencias para reconciliarse luego. La série de las deidades de la muerte comienza, segun las citas de Tertuliano, por Deus Viduus, el que separa del cuerpo el alma, y con él son nombrados Cæculus, que deja sin vista al moribundo, Orbona, de atribuciones casi idénticas, la diosa Mors ó Morta, Libitina, que preside á los entierros, y Nænia, personificacion de los fúnebres lamentos en que durante ellos prorumpían los parientes y las plañideras.

Otra clase de divinidades contenían los *Indigitamenta,* cuyo benéfico influjo, conforme queda dicho, se invocaba en todas las necesidades exteriores de la existencia, como son el alimento, el abrigo, etc.; pero acerca de ellas sólo quedan raros vestigios que apénas permiten reformar alguno que otro grupo. Al frente de las deidades que presidían á la vida urbana estaba Jano, dios de las bóvedas y de las puertas, y junto á él Diva Arquis ó Jana. En la antiquísima fiesta de *Septimontium* ó de las siete colinas de la ciudad, adorábanse siete divinidades tutelares, con ritos y ceremonias de las que no ha llegado hasta nosotros la menor noticia; sabíase únicamente que había un Divus Ascensus y una Diva Clivicola, personificacion de las cuestas que había que subir y bajar para pasar de un barrio á otro, y ademas unos Divi Limones, genios protectores en aquellos pasos. A esta clase pertenecían los dioses de los umbrales, á saber Forculus, Cardea, Limentinus, y Lateranus; otros genios tenían bajo su amparo las cocinas, los baños, las cárceles y los establos *(epona).*

Había, ademas, pasando á otra clase de ideas, Honorinus, dios de los asuntos de honra; los dioses Lucrii ó del lucro, y Pecunia del dinero. Hasta reconocían un dios distinto para cada una de las diferentes clases de dinero: Æsculanus lo era de la moneda de cobre, su hijo Argentinus de la de plata; el dios Arculus guardaba los cajones y armarios en que se encerraba el oro. Había una diosa Fesonia para las personas fatigadas, otra llamada Quies para las que descansaban, y una Pellona para asustar á los enemigos. La última tendría íntima relacion con Tutanus y con Rediculus, venerado en el sitio donde se detuvo Aníbal al llegar junto á los muros de Roma para emprender desde allí la retirada.

Más completa que estas últimas es la série de las divinidades de la agricultura; ademas de los principales dioses itálicos, de que extensamente hemos hablado, como Tellus, Céres, Ops, etc., hallamos los genios Jugatinus, Rusina, Collatina y Vallonia, segun que el campo que debía ser protegido se hallaba situado en la ladera de un monte, en el llano, en una colina ó en un valle. Seia y Segetia tenían bajo su amparo la simiente, aquella al confiarla á la tierra, ésta, llamada tambien Segesta, al brotar la futura cosecha. Proserpina velaba sobre el tallo al nacer; Divus Nodotus lo hacía crecer de nudo en nudo; Volutinus fabricaba la baya en que está encerrado el grano; Patelena ó Patella la abría, viniendo luego otra série de divinidades encargadas de proteger hasta el fin las plantas ya nacidas. Para que las espigas tuviesen todas igual altura invocábase á Hostilina; á Flora para que velara sobre la florescencia; á Lacturcia y Lactans para la conservacion de la espiga aún jugosa, y á Matura para que le diese sazon. Runcina quitaba la mala hierba; Messia presidía á la siega; Tutilina á la operacion de entrojar los granos; Terensis á la trilla.

Y no eran estos todos; segun vemos en la oracion que elevaban los Flamines á Céres el dia de su festividad, Vervactor araba el campo segado, Imporcitor lo rastreaba, Insitor lo sembraba, Obarator y Occator lo cavaban, Sarritor y Subruncinator lo escardaban, y finalmente Messor segaba las mieses, Convector las hacinaba, Conditor llevaba el trigo á los trojes, y Promitor lo sacaba de ellos para el consumo. A Deus Spinensis se invocaba para que librara á los campos de zarzas y espinas.

Probable es que hubiese preces y personificaciones de igual índole aplicables al cultivo de la vid y de las huertas, á la cria de abejas y ganados, mas sobre ello son muy pocas las noticias que han podido reunir los eruditos. Sábese únicamente que Meditrina era una diosa invocada por los viñadores, que Mellona ó Mellonia lo era de las colmenas, que Silvano y Palus velaban por los ganados, que Nemestrinus protegía las selvas y que Bubona y Epona tenían bajo su amparo aquella los bueyes, y ésta los caballos. Consagrábanse

á la primera juegos especiales llamados *ludi Bubetii;* era la segunda venerada en todas las caballerizas de Italia como protectora, no sólo de los caballos, sino tambien de mulos y asnos. En un nicho abierto en la gruesa viga que sostenía el techo de la cuadra no faltaba jamas su imágen, la cual era en ciertos dias solemnes engalanada con cintas y flores. A veces era representada en pintura rodeada de toda clase de animales, y estos cuadros le estaban consagrados.

Tendencia general en las sociedades antiguas y de un modo especial en el pueblo romano, fué imprimir carácter religioso á los actos todos humanos y ponerlos bajo la tutela de una personificacion sagrada. Bien claro lo dice cuanto llevamos explicado en el presente capítulo, y con toda evidencia asimismo lo demuestran aquellas ceremonias que en su lugar dejamos mencionadas, practicadas alguna vez por los Hermanos Arvales en el bosque de Dea Dia. Para arrancar una higuera nacida casualmente en la techumbre del templo, fué preciso, ántes y despues de la operacion, hacer un sacrificio primeramente á los dioses del lugar, y en seguida á Adolenda, Commolenda y Deferunda, personificaciones de cuantos trabajos hubieron de verificarse para realizarla. En otra ocasion, para arrancar un árbol muerto por el rayo, hubo necesidad de sacrificar á Adolenda y Coinquenda.

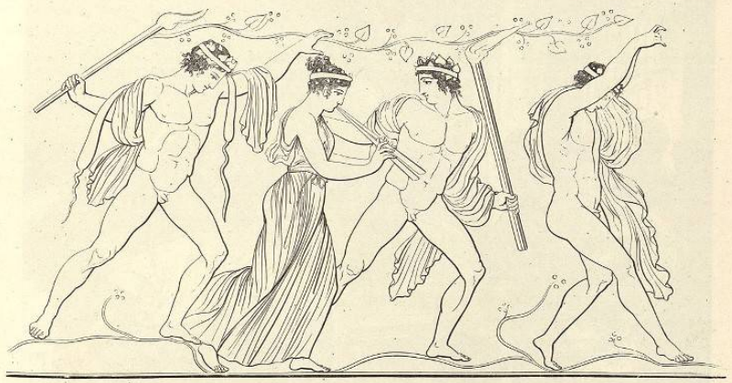

Fig. 387.—Jóvenes festejando á Como.

Para concluir la enumeracion de las divinidades cuyo imperio se ejercía principalmente en la tierra, falta únicamente dedicar breves palabras á dos dioses secundarios conocidos uno y otro en Grecia y en Roma, á Pluto y á Como.

Hemos dicho en el lugar oportuno que del amor de Demeter y el héroe Jasion nació Pluto, la Opulencia. Representáronle viejo, cojo y ciego, distribuyendo sus dones sin órden ni concierto, lo mismo á los buenos que á los malos, á los sabios que á los ignorantes, dejando á unos en la escasez y colmando á otros con lo supérfluo. Pluto, llevando un bolson en la mano, se acercaba á los hombres con tardo é incierto paso, pero de ellos huía con toda la velocidad de sus inmensas alas, símbolo de lo fugaz de sus favores.

Contaba Aristófanes que Pluto, ántes de ser ciego y hallándose en el vigor de su mocedad, manifestó á Júpiter su propósito de acompañarse únicamente con la ciencia y la virtud; pero no siendo esta la voluntad del Padre de los dioses, le privó de la vista para que no pudiera realizarlo. Y en efecto, desde entónces el pobre viejo no acierta á escoger sus compañeros.

Fué este dios tenido por una divinidad de la tierra, ya porque las riquezas agrícolas, base de todas las demas, brotan de la tierra, imperio de Céres, ya á causa de los tesoros metálicos escondidos en su seno. Esto hizo que en algunas tradiciones se confundiese con Pluton.

No tenía Pluto templo especial en Grecia, pero hallábase su imágen en los consagrados á otras divinidades. En Tébas sosteníalo en sus brazos la Fortuna, en Atenas Irene ó la Paz lo abrigaba en su regazo. La misma ciudad le erigió una estatua en el edificio donde se guardaba el tesoro público, con el nombre de Pluto *vidente.*

Platon, apartándose de la version de Hesiodo, ántes referida, hizo á Pluto hijo de Porus, antiguo dios de la abundancia, y de Pænia, la Pobreza. Dice que aquél se

FIG. 388. — Festin en Roma.

enamoró de la mísera doncella al verla recoger los resíduos de sus opíparos banquetes.

Pluto tuvo un hermano llamado FILOMELO, y de éste se contaba que, desdeñado por aquél y reducido á lo extrictamente necesario, compró una yunta de bueyes con lo poco que le quedaba, inventó el arado y con su trabajo procuróse desahogada existencia. Céres, para recompensar sus esfuerzos y su gran descubrimiento, lo arrebató al cielo y púsole allí entre las constelaciones con el nombre de Bootes.

COMO, dios de los festines, de la estruendosa alegría y del libertinaje, no tuvo templos en Grecia ni en Roma, pero se le dirigían invocaciones ántes y despues de los banquetes. Los jóvenes le festejaban corriendo de noche por las calles y yendo de casa en casa, cubierto el semblante con el antifaz, con corona de flores, tocando instrumentos y agitando antorchas.

La estatua del dios solía colocarse en la puerta de la cámara nupcial, representándole de pocos años, grueso, con corona de rosas, entre alegre y ebrio, con una antorcha en la mano derecha y apoyado con la izquierda en una pica. Dábansele tambien por atributos una copa de oro y un plato de fruta.